

cautivos que María inspiró á Nolasco era una reproducción de las virtudes de los tiempos apostólicos; era el medio de unir á los pueblos entre sí, excitando en los ánimos aquella caridad que iguala verdaderamente á los hombres, pues se extiende á amigos y enemigos, á ricos y á pobres, á propios y á extraños, mirándolos á todos como á hijos de un mismo Padre, sujetos á las mismas miserias en esta vida, y compañeros de las mismas coronas en la otra, única igualdad que existe en el mundo, pues cualquiera otra no es más que una ficción de la vana filosofía, ensañada contra la autoridad y las jerarquías que Dios instituyó en la sociedad humana. ¿Quereis ver palpablemente la reproducción de estas virtudes? Seguid los pasos de los hijos y compañeros de Nolasco; caminan de reino en reino, de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, sin olvidar ni la pobre aldea ni la desalbergada choza; nada buscan para sí, pues lo han abandonado todo por amor de sus hermanos, mas piden una limosna para redimir al cautivo. Con este lenguaje, no oído hasta entónces, no podían ménos de encender en los corazones el fuego del amor, expeliendo de ellos el rencor y ódio que habian alimentado las facciones formadas por hombres revoltosos. ¡Ah! Exponerse á los insultos de hombres endurecidos, padecer con resignación las fatigas anejas á esta empresa, exponer á todos la necesidad del desgraciado cautivo para excitar su compasión, era como decir con el Salvador: «El mundo conocerá que sois discípulos del Crucificado, si teneis caridad los unos para con los otros.» Era predicar con San Juan: «No nos contentemos en amar con palabras, sino con obras y verdad.» Era exclamar con San Pablo: «Aunque poseais las lenguas de los ángeles y el don de profecía, y conozcais todos los misterios, nada sois, si no teneis caridad.» Era decir á un pueblo lleno de lauros y victorias: «Tus lauros se marchitan, tus victorias se verán

cubiertas de ignominia, si no extiendes tu mano caritativa al hermano atribulado.» Un lenguaje tan elocuente habia de unir necesariamente los corazones divididos, y al presentarse con sus resultados á hombres bárbaros, los habia de amansar, porque abocarse con los Abderramanes á ofrecerles oro por los cautivos, era decirles: «Vinisteis al suelo cristiano á buscar tesoros y riquezas, ahí los teneis; nosotros los reputamos por estiércol, y os los damos; pero devolvednos á nuestros hermanos, que son de un valor inestimable.» ¿Quién no advierte aquí, amados míos, sancionadas por la Religion, las leyes fundamentales de la sociedad? ¿Quién no echa de ver que los hombres apostólicos han enseñado á los guerreros, y aún á los tiranos, que el hombre prisionero no debe ser tratado como esclavo irracional, y que el pueblo por quien peleó debe, en honor suyo, mirar por su rescate? Sí, ciertamente; la Religion ha enseñado á los hombres la sublime filosofía del amor fraternal; y aunque la ciencia impía se haya querido apropiarse en tiempos ulteriores las leyes de la guerra racional, nunca valdrán sus rapiñas y pedanterías para vender como cosa suya las indelebles máximas de la caridad que les enseñó el Redentor y los que le han imitado. Demos un paso más.

La empresa de mendigar de puerta en puerta para rescatar al prisionero, la resolución de presentarse ante unos hombres que no tratáran jamás con el cristiano sino en el encarnizamiento de las batallas, eran obras grandes; pero el ardimiento de entregarse á las cadenas en lugar del cautivo, es un pensamiento que no podia tener origen sino en el cielo. ¡Qué heroismo! Aferrado en sótanos profundos, abrevado con manjares hediondos, tratado como una bestia de carga, lloraba el mísero cristiano lejos del suelo que le vió nacer. ¡Ah! Era tan pronto un anciano venerable que súbita é inopinadamente fuera arrebatado del seno de su familia, que desde su ausencia

yace en miseria y orfandad; tan pronto era un esposo tierno, á quien el feroz numida hiciera conmutar los encantos de una amable consorte por la dureza del hierro; era aquí un hijo adorado, arrancado con violencia, con más fiereza que la que emplea el carnívoro leopardo para apoderarse del manso cordero; allí era una jóven cuyos talentos daban á la patria dias de gloria; en otra parte era una vírgen, cuyo pudor y virtudes honraban la Religion; y, por fin, eran otros tantos cristianos puestos en la alternativa de renegar de su Dios, ó de sucumbir á la fiereza de los azotes ó á los filos del alfanje. Bien pudiera suceder faltase el oro para dar libertad á estos desgraciados; bien podria suceder que la diversidad de oriundez, de educacion y de partidos hiciese mirar con indiferencia una calamidad, tanto ménos apta á excitar compasion, cuanto el teatro donde se representaba se hallaba más allá de los mares; mas nunca podia faltar la caridad de aquellos héroes cristianos que solemnemente juráran al pié de las aras quedar prisioneros en lugar del cautivo. Nada ha de detener á estos héroes del amor fraternal; saben que se condenan á ser azotados cada dia, á dormir atados á una cadena, á comer el pan de la tribulacion y á consumirse en lóbregos subterráneos; esta es la misérrima condicion á que se sacrifican, despues de haber renunciado á un siglo espléndido y altamente caballeresco, á la herencia paterna, á los placeres lícitos, y, por fin, á cuanto dulcifica en cierto modo nuestra triste peregrinacion en este mundo. Pero no importa; con tal que otros tengan libertad, ellos no dudan hacerse esclavos; con tal que otros sean felices, alegres se condenan á la esclavitud; librese el cristiano de los azotes y hierros, que los hijos de la Merced presentarán sus espaldas á los látigos, y sus manos y piés á los grillos y cadenas.

Este heroismo de la caridad cristiana, ¿no es aquel mismo que abrasaba al Apóstol cuando exclamaba que

deseaba ser anatematizado por la salvacion de sus hermanos? ¿No es esta aquella caridad que demostró el mismo, hallándose en el tribunal de Festo, con estas palabras memorables dirigidas á Agripa: «En lo poco y en lo mucho, deseo ¡oh Rey! que tú y los que me oyen seais lo que yo soy, excepto estas cadenas con que me hallo atado, cadenas tan preciosas que no quisiera cederlas á nadie?» ¿No es este aquel amor enseñado por el Verbo eterno á los hombres, y confirmado con el sacrificio de su vida: *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam meam ponat quis pro amicis suis?* Con esta arma poderosa, los hijos de María subvenian á los males de su patria y salvaban á infinitas almas; familias sin número veian renovados en su hogar los antiguos dias de serenidad y bonanza; el padre volvía á estrechar en sus brazos al hijo que creia sacrificado; la esposa mudaba sus vestidos de duelo; la patria recobraba sus héroes; la Religion sus hijos, y el cielo sus moradores. Hazañas de tanto tamaño me recuerdan aquellas heróicas acciones que la imaginacion acalorada de los poetas inventára para divinizar á los hombres grandes de Grecia y Roma, y nos traen á la memoria la gloriosa carrera de aquellos generales muertos en el calor del combate por salvar á sus hermanos. Mas ¿qué digo? Los héroes de la Religion no pueden ser paralelados con los del mundo; la sangre, la pátria y el mundo no enseñaron jamás á dar la vida por sus enemigos; sólo la Religion ha podido inspirar al hombre este sublime dogma de la caridad, y los que lo practican sólo pueden compararse con Aquel que bajó del cielo á dar testimonio á la verdad y morir por sus enemigos. *Majorem hac dilectionem, etc.* ¡Ah! Si alguno dice que es imposible amar á sus enemigos, lléguese con los hijos de la Merced al campo del rescate, y mire con atencion cuanto pasa. ¡Qué espectáculo tan sublime á los ojos divinos, y áun á los de la misma ciencia mundana! Uno por

uno van saliendo los infelices que gemian entre los hierros del bárbaro, comprando su vida y libertad con las limosnas que trajera el religioso; se agotó el oro que hacía pasar al cristiano del campo de Mahoma al de Jesus; los cautivos, ya libres, echan sus brazos al compasivo redentor; mil ósculos y lágrimas de reconocimiento caen sobre aquellos piés que tanto se fatigáran por salvarlos; todos piensan en volver á su patria en union de su bienhechor; mas en vano: falta un cristiano que rescatar; vedlo: ya sale cargado de esposas, escuálido y macilento con los rigores; pero ¿quién es ese infeliz? ¡Ah! Es uno de esos impíos que han abundado en todas las épocas; de esos que reputan el monacato por institucion perjudicial á la sociedad; pocos años ántes se encarnizáran contra uno de aquellos religiosos que recorrian los pueblos pidiendo limosna para redimir al cautivo; se la negó, no pensando que podia él caer en manos del agareno; ultrajó al religioso con palabras, lo llenó de sarcasmos, lo despidió con ignominia, y al poco fuera él mismo conducido esclavo á las mazmorras de Argel. ¡Qué encuentro, amados míos! El religioso despreciado es el mismo que se halla al frente de este cautivo; se miran, se reconocen, las escenas pasadas se dejan descubrir en el rostro del ofensor y en el del ofendido; aquél no se atreve á dar un paso adelante; la vergüenza ha paralizado sus piés; mas ¡qué heroismo religioso! el hijo de la merced se apresura á dar expansion al corazon oprimido; se acerca... «Dame, hermano mio, le dice, esas cadenas que te martirizan; caigan sobre mi corazon todos tus pesares; vuelve alegre al lado de tu esposa que te desea; ve á consolar á tus hijos desgraciados;» y al decir estas palabras, más eficaces que el bálsamo para curar la herida, él mismo carga sobre sus hombros los hierros de su enemigo; éste queda libre; el religioso se hace esclavo por su amor. ¿Puede darse ejemplo de esta accion sobremanera heróica? Sí; su ori-

ginal existe en el Calvario, y se trasmite en los hijos de la Merced, en los héroes de la fé. Fuera de ahí no la hallareis. *Majorem hac dilectionem, etc.*

Juzgad ahora, amados míos, si tuve razon para afirmar que la obra de la redencion de cautivos es una copia de la obra de la redencion del mundo. Ved si es cierto que, distando el hombre infinitamente del Sér divino, hay entre uno y otro asimilacion en las obras cuando aquél trabaja por la gloria de éste y el bien de sus hermanos. Ved si puedo afirmar que las obras mundanas son siempre abyectas y defectibles, miéntras las de Dios llevan el sello de la solidez, nobleza y duracion. No me pertenece, pues, ya á mí, sino á vosotros, el calificar el atentado cometido por la filosofía impía, al condenar al exterminio á unos hombres que abrieran con su ejemplo y sus doctrinas vías anchurosas á la moderna civilizacion, de cuyas luces han abusado los hombres para hacer la guerra á Dios y á sus obras. ¡Ah! ¿Qué suerte cabria hoy dia á muchos desgraciados, si Dios no hubiese guiado á las playas africanas, á esas perpetuas galeras del Cristianismo, un ejército denodado y valiente? Si Dios no se sirviere hasta de las pasiones humanas para realizar sus designios sobre los destinos del mundo, ¿cuántos hijos de la Iberia llorarian hoy en las cárceles de Numidia, sin tener esperanza de respirar el aire de su patria, por haber destruido el cristiano filósofo y arrogante del siglo XIX lo que edificára el religioso humilde del siglo XIII?

Por tanto, yo os adoro, Dios mio; yo adoro los decretos de tu Providencia en permitir que unos derriben lo que otros levantáran; yo os bendigo, porque quisiste que un príncipe cristiano aplicase la mina al último reducto de barbarie que tuviera el musulman. Y tú, sombra augusta, Rey magnánimo, hijo de San Luis, tú que descendiste de aquel trono teñido con la sangre inocente de tu hermano, tú, que no tuviste otro premio de tus vic-

torias sobre el africano más que el destierro y las lágrimas á que te condenára la cábala filosófica, recibe desde tu régio túmulo las más cordiales gracias que te consagran muchos cristianos para quienes reservados estaban los presidios de la Numidia, si tú no los hubieras derribado. ¡Vive en eterna paz, y está cierto que si el vandalismo ha proscrito tu nombre, la Religion conservará su memoria y te agradecerá el favor que recibió de tu mano; porque tú hiciste que reviviese la fé en la patria de los Agustinos y Ciprianos, y que fuesen pulverizados los calabozos dó lloráran algun tiempo Vicente de Paul y Ramon Nonnato! ¡Gloria y prez sean dados tambien á tí, ¡oh ejército noble y desinteresado! que escalaste aquellos muros inaccesibles á otros tan valientes como tú, aunque ménos afortunados! ¡Gloria y honor, pues con tus armas aniquilaste los bastiones regados con el sudor cristiano, y destruiste sus cadalsos ántes que desapareciesen...! ¡Ay! Al llegar aquí me he acordado de aquel infando dia, borron eterno de mi amada patria, en el cual el puñal sacrílego no perdonó ni á los hijos de la Merced, que se refugiaron bajo el manto de su Madre María, y al pensarlo, al considerar que hace mil trescientos años una Emperatriz, enemiga de Cristo, perdonó la vida á un Pontífice defensor de la verdad por haber tan sólo entrado en el Vaticano, y que hoy el vil plebeyo sacára de entre el manto de María al sacerdote, que era su protector, para asesinarlo, un sudor frio ha cubierto mi frente, mi corazon se ha helado de terror, mi mano consternada no ha podido sostener la pluma.

Perdonad, perdonad á tu pueblo, ¡oh Virgen augusta! porque, ¿quién podrá sobrevivir, si tú te revistes de ira? ¡Oh Paloma divina, refugio de los pecadores! Tu obra dura aún, ¡oh Reina de los ángeles, Madre de los hombres, Redentora de los cautivos! Miéntras haya en la tierra discípulos de tu Hijo, se encontrarán corazones gene-

rosos y magnánimos, quienes por amor de sus hermanos se entreguen á las cadenas, á la espada y á la muerte. La prueba la teneis en los nobles pechos que aquí asisten, y hoy te consagran esta solemnidad. Aceptad sus homenajes, Virgen generosa; continuad protegiendo á nuestra patria y suelo; apartad de esta ciudad que os ama la cólera divina; alcanzadnos de vuestro Hijo aquella caridad que nos hace partícipes de la naturaleza divina en esta vida y nos conduce á la inmortalidad dichosa, que á todos deseo. Amen.